

Nº 669
20
Agosto
2022
Sábado



La Guerra Civil española vuelve a sacudir a Francia

Javier R. Portella (*El Manifiesto*)

Me complace ofreceros la traducción de mi último artículo publicado en Francia (en *Boulevard Voltaire*, más concretamente). Trata de España y de nuestra Guerra Civil. De modo que lo que ahí cuento se supone (aunque nunca se sabe) que es de conocimiento general para el lector medio de *El Manifiesto*. En cualquier caso, lo que importa no son tanto los orígenes de la Guerra Civil (para ello, a quien le interese ahondar más en la cuestión me permito remitirle a mi reciente libro *El PSOE y la Guerra Civil*). Lo que realmente importa es la forma en que nuestros vecinos franceses han quedado estremecidos al descubrir que les habían estado engañando (y se habían estado engañando a sí mismos) con las mentiras contados en torno a la guerra y al franquismo.

En medio de la calma del verano, se ha desatado una tormenta en Francia. Se ha publicado un libro (Pío Moa, *Les mythes de la guerre d'Espagne*, publicado por L'Artilleur / Toucan, con prólogo de Arnaud Imatz). Se ha publicado una entrevista con el autor en *Figaro Histoire*, seguida de un vídeo de la periodista Isabelle Schmitz que ya ha conseguido 1,2 millones de visitas en Twitter. Y *L'Humanité*, seguida por el *Huffington Post*, ha reaccionado de forma estruendosa.

Las revelaciones de Moa han sacudido, evidentemente, sobre todo a la Francia de izquierdas (también a la otra, que lo sospechaba un poco, pero nunca se había atrevido a creerlo en serio). La conmoción es comprensible: ha quedado claro que es falso de arriba abajo lo que siempre se había creído, desde hace más de ochenta años, sobre las razones profundas de la Guerra Civil española.

Más grave. Quien aporta las pruebas no es un miserable «fascista» que vomita su odio antidemocrático contra el pueblo. Por el contrario, Pío Moa había sido en su juventud un decidido luchador antifranquista que ahora abraza plenamente las ideas liberal-democráticas.

¿Qué dice este historiador, cuyos libros originan en España tanto un éxito clamoroso (300.000 ejemplares vendidos) como un odio feroz?

Dice que Franco y los suyos no se levantaron contra la democracia de la República establecida en 1931. Y ello por la más sencilla de las razones: esa democracia simplemente no existía. ¿Cómo podría haber existido después de las elecciones que el Frente Popular (está probado blanco sobre negro) ganó en 1936 mediante el más fraudulento de los pucherazos? ¿De qué democracia



cabe hablar cuando los socialistas se habían levantado dos años antes para hacer triunfar la revolución bolchevique (pero fracasó y sólo se impuso brevemente en Asturias)? ¿Qué intenciones democráticas podían albergar unos dirigentes socialistas que no paraban de proclamar sus objetivos revolucionarios? Como Largo Ca-

ballero, conocido como el Lenin español, que en febrero de 1936 declaraba: «En cuanto caiga el gobierno de Azaña, habrá una República Soviética en España».

No cabe la menor duda: en vísperas de la Guerra Civil, la revolución (sea cual sea el nombre que se le dé: soviética, socialista, comunista...) estaba a punto de hacer caer su yugo sobre España. Sólo un alzamiento militar podría impedirlo, por más que significara una terrible guerra civil en la que, como en cualquier guerra entre hermanos, se cometieran crímenes en ambos bandos.

Pero nadie lo había dicho antes. ¿Nadie?... Sí, todos los historiadores franquistas siempre han afirmado que en esto consistió el alzamiento nacional. Pero nadie los creyó. Empezando por la derecha liberal española, que hizo dos cosas. Una de ellas fue tender la mano a los enemigos de ayer lanzando una Transición tendente a la reconciliación entre las dos Españas. Muy bien, pero el problema es que esto implicaba algo más: si así se hacía, ninguna de las dos partes podía asumir entonces la responsabilidad de la guerra civil y de sus fechorías. Ahora bien, la primera que se puso encantada el sayo de penitente fue la derecha liberal, que, siempre temerosa de ser juzgada «demasiado de derechas», fue capaz, entre otras cosas, de votar en el Parlamento una declaración condenando el alzamiento militar con el que se derrotó al comunismo.

¿Cómo no extrañar entonces que se abriera el camino para que los distintos gobiernos socialistas eliminaran todo rastro del espíritu de reconciliación que significó la Transición? Pronto (en cuanto entre en vigor la llamada Ley de Memoria «democrática») la persecución ideológica que la izquierda siempre ha emprendido para imponer sus ideas se verá duplicada por la persecución jurídica contra quienquiera se atreva a mencionar cualquier hecho relacionado con el régimen franquista sin cubrirlo de oprobio.

Mucho cuidado deberá tener entonces Pío Moa.

* * *

Pío Moa y los *Mitos de la Guerra Civil Española*

Entrevista dirigida por Hadrien Desuin a Arnaud Imatz

(Traducido a través de Google)

REVISTA CONFLICTOS

¿Cómo analizar la Guerra Civil Española, más allá de mitos y pasiones políticas? ¿Cómo llevar a cabo la labor de un historiador porque la historia aún está caliente y sujeta a las pasiones de la memoria y los juegos partidistas? Este es todo el trabajo realizado por Pío Moa en su libro sobre los mitos de la guerra española, cuya traducción acaba de publicarse en francés.

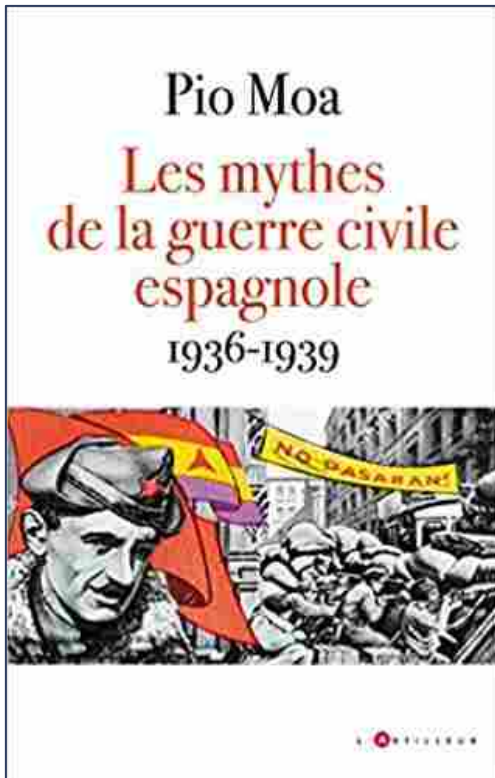
El libro está prologado por Arnaud Imatz, académico correspondiente de la Real Academia de la Historia Española, historiador, autor de numerosos libros sobre la historia de España

Ha accedido a prologar la traducción al francés del último libro super-ventas del historiador español Pío Moa. ¿Es riguroso su trabajo? De ser así, ¿por qué suscita polémica en Francia tras una entrevista en *Le Figaro histoire*?

AI: Escribí el prefacio de este libro por una variedad de razones, generales y específicas. La primera se debe, creo, a la concepción de la historia de las ideas y de los hechos que me transmitieron mis maestros en una época ya lejana –la década de 1970– cuando preparaba mi tesis de doctorado de Estado. Mis maestros me habían enseñado entonces que la calidad de la investigación histórica (que no debe confundirse con la memoria histórica, una visión emotiva y reduccionista de la historia) depende tanto de la formación del autor, de su curiosidad intelectual, de su capacidad de discernimiento, de su creatividad, su conciencia y su integridad moral. Me habían inculcado la idea de que el historiador debe buscar ardientemente la verdad sabiendo que sólo lo logrará parcialmente.

Habiendo sido primero, en cierto modo, víctima colateral del linchamiento mediático sufrido por Moa en España, tardé años en decidirme a superar mis prejuicios para leer a este autor tildado de «sulfuroso». Un planteamiento que los censores de Moa –en su mayoría académicos socialo-marxistas favorables al Frente Popular, pero también «especialistas» preocupados por su promoción, por no hablar de las legiones de neoinquisidores que hoy campan a sus anchas en las redes sociales– se niegan obstinadamente a hacer. ¡No nos comprometemos con el diablo! Por mi parte, salí, lo reconozco, impresionado y sorprendido por esta lectura de Moa, y sobre todo con la firme convicción de que a diferencia de muchos de sus críticos, cumple con los criterios de un historiador honrado, honesto y desinteresado.

Por supuesto, debo mencionar aquí mi especial interés en la Guerra Civil Española. Este interés nunca ha flaqueado durante casi medio siglo. Me llevó a publicar primero una tesis doctoral estatal sobre el fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, prologada después por el prestigioso economista y académico español Juan Velarde Fuertes; luego publicar un libro con



un prefacio de Pierre Chaunu, miembro del Institut de France (*La guerre d'Espagne revisitée, 1989*), luego, prologarme el libro de uno de los mejores especialistas en el tema, injustamente victimizado en Francia de verdadera omertá durante casi cuarenta y cinco años, el estadounidense Stanley Payne (*La guerra española. La historia ante la confusión de la memoria, 2010*), y finalmente, multiplicar los artículos sobre el tema durante los años 2000-2020. Dicho esto, hay por supuesto, entre los motivos de mi interés, aquellos que se relacionan específicamente con el caso particular de la vida y obra de Moa.

Moa es la pesadilla de la izquierda, la extrema izquierda y gran parte de la derecha. El odio y los insultos a los que es sometido periódicamente, en los círculos periodísticos, pero también en las universidades, son verdaderamente asombrosos.

Es «la encarnación del mal», un «negacionista», un «peligroso revisionista», un «fascista», un «nazi camuflado», un «autor mediocre», un «historiador desprovisto de metodología», «un pseudo-historiador que no es académico», «escritor sin visión ni cultura», «provocador», «mentiroso» cuya «indigencia intelectual se reconoce», peor, «agente camuflado de la policía franquista». Los defensores del ataque ad hominem diviértete con él. Para los más emocionados, es nada menos que un «apologista de los crímenes de la humanidad». Los atajos infames, los insultos, las invectivas y las calumnias, todo sirvió para silenciarle en la Península y las polémicas que suscita hoy en Francia, tras su interesante y completa entrevista en la *Figaro histoire* (verano de 2022), sólo pueden dar una idea débil eco.

Pero la cuestión de Moa no es tan simple como nos quieren hacer creer sus numerosos detractores, que tienden a confundir, más o menos conscientemente, la diatriba con el debate. Declarado demócrata-liberal, Pío Moa ha mostrado en repetidas ocasiones su respeto y defensa de la Constitución de 1978. Es por tanto en realidad su pasado y su carrera atípica –un sacrilegio absoluto a los ojos de los socialista-marxistas y otros cripto-marxistas– los que están secreta e invariablemente le reprochaba. Primero fue comunista-maoísta bajo el régimen de Franco. Entonces pertenecía al movimiento terrorista del brazo armado GRAPO del PCr (Partido Comunista reconstituido). No fue un militante antifranquista de opereta, como lo son hoy tantos intelectuales

y políticos consagrados, sino un resistente armado y decidido, dispuesto a morir por su causa. Es además en su calidad de marxista, luchador contra el franquismo, hombre insospechado de izquierdas y bibliotecario del Ateneo de Madrid, que tuvo acceso a la documentación de la Fundación Socialista Pablo Iglesias. Esta investigación fue la fuente principal de su primer libro, una auténtica bomba mediática: *Los orígenes de la guerra civil española* (1999).

Tras despojar y estudiar detenidamente estos archivos socialistas, Moa cambió radicalmente sus ideas, sin dudar en sacrificar por ellas su futuro profesional y su vida social. Descubrió la abrumadora responsabilidad del partido socialista y de la izquierda en general en el golpe de Estado de 1934 y en los orígenes de la guerra civil. Hablamos hasta entonces de «Huelga de Asturias»



o «Revolución de Asturias», después de su libro hablamos de «Revolución socialista de 1934». He contado en detalle en mi prefacio la asombrosa historia de su primer libro superventas. Pero es su bestseller, *Los mitos de la guerra civil*, publicado en 2003, reimpresso o reeditado una veintena de veces, vendió más de 300.000 ejemplares, número uno en ven-

tas en España durante más de seis meses, lo que despertó el enfado verdaderamente increíble de los medios «mainstream». A través de la voz del historiador democristiano Javier Tussell, el diario socialista *El País* exigió censura para el insoportable «revisionista», los sindicatos protestaron frente a las Cortes, una histórica campaña de propaganda sugirió incluso el encarcelamiento y la reeducación de el culpable. Desde entonces Moa ha sido persona non grata en Universidades Estatales y medios de comunicación de servicio público.

Desde entonces, pocos eruditos, académicos e historiadores independientes se han atrevido a ponerse del lado de Moa. Algunos, sin embargo, son famosos. Estos incluyen: Hugh Thomas, José Manuel Cuenca Toribio, Carlos Seco Serrano, César Vidal, José Luis Orella, Jesús Larrazabal, José María Marco, Manuel Álvarez Tardío, Alfonso Bullón de Mendoza., José Andrés Gallego, David Gress, Robert Stradling, Richard Robinson, Sergio Fernández Riquelme, Ricardo de la Cierva, etc. También está uno de los más prestigiosos especialistas, el estadounidense Stanley Payne, que escribió estas pocas palabras particularmente acertadas e instructivas:

La obra de Pío Moa es innovadora. Introduce un poco de aire fresco en un área vital de la historiografía española contemporánea, que durante demasiado tiempo ha estado encerrada en monografías estrechas, formales, obsoletas, estereotipadas, sujetas a corrección política. Quienes divergen de Moa deben confrontar su obra con seriedad. Deben demostrar su disconformidad mediante la investigación histórica y el análisis riguroso y dejar de denunciar su obra mediante la censura, el silencio y la diatriba, métodos más propios de la Italia fascista y la Unión Soviética que de la España democrática.

Pero esta exhortación, limpia de una mente abierta y razonable, obviamente nunca ha sido escuchada.

Hay otra razón importante que explica mi interés por publicar la versión francesa del best-seller de Pío Moa: la defensa de la libertad de expresión, la lucha contra todas las formas de censura y verdad oficial, la resistencia al auge del maniqueísmo totalitario. Pío Moa no oculta su simpatía por Gil Robles, líder de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) bajo la II República. Una simpatía por el líder del partido liberal conservador español de los años treinta que no comparto, como tampoco comparto su justificación, en mi opinión excesiva, de los largos años de la dictadura franquista. Es cierto que francés, no soy ni franquista ni antifranquista, sino un historiador de las ideas y de los hechos, apasionado de la historia del mundo hispánico. Pero dicho esto, no confundo las investigaciones del historiador Moa con sus análisis políticos, sus interpretaciones y sus comentarios cotidianos en los que da rienda suelta a su espíritu de lucha, su afición a la polémica y el gusto por la diatriba, heredado, para siempre, o para mal, de su pasado clandestino y su sólida formación marxista. Coincido con él en que la Guerra Civil y el franquismo son hechos separados que, como tales, pueden ser juzgados e interpretados de formas muy diferentes.



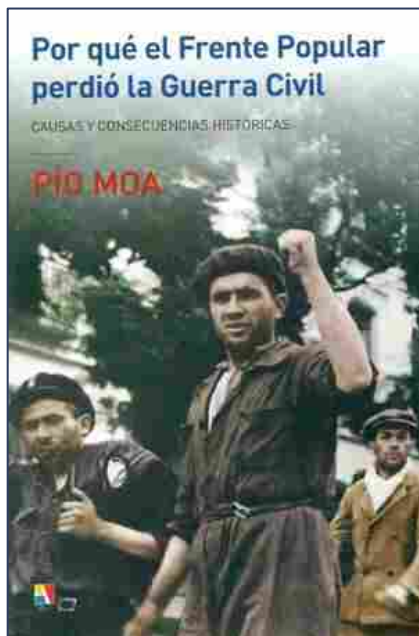
También coincido con él en denunciar el razonamiento fundamentalmente subjetivo y falso según el cual la Segunda República, que sería el mito fundacional de la democracia española posfranquista, habría sido un régimen casi perfecto en el que todos los partidos de izquierda habrían tenido un acto irreprochable.

Finalmente, hay una última razón que me llevó a invertirme directamente en la publicación del bestseller de Moa. En 2005, Éditions Tallandier adquirió los derechos de *Los mitos de la Guerra Civil*. La publicación de la versión francesa estaba prevista para 2006. Se había contratado al traductor, el libro y su ISBN anunciados en las librerías. Pero extrañamente se pospuso la fecha de lanzamiento y, finalmente, se canceló la edición sin ninguna explicación. En febrero de 2008, durante una emisión en el canal francés Histoire (entonces dirigida por Patrick Buisson), dedicada a la Guerra Civil Española, en la que participé en compañía de Anne Hidalgo, Éric Zemmour, Bartholomé Bennisar y François Godicheau, me sorprendió saber que acababa de publicarse otro libro sobre La Guerra Española, publicado por Tallandier. Estas fueron las actas del coloquio *Pasado y actualidad de la Guerra Civil Española*, dirigido por el especialista del PCF, exdirector de redacción de la revista de inspiración marxista *Les Cahiers d'histoire*, Roger Bourderon, precedido con el discurso de apertura de Anne Hidalgo, entonces primera teniente de alcalde de

París. Fue mucho después de enterarme de esta increíble experiencia que decidí involucrarme directamente en la búsqueda de una nueva editorial. El lector francófono habrá esperado, pues, quince años más para tener finalmente acceso a esta obra. Apostamos a que probablemente no habría visto la luz sin la apertura de miras, la independencia y el coraje intelectual de la dirección de Éditions l'Artilleur / Toucan.

¿Eres también un especialista en el período? ¿Qué novedades aporta el libro a la historiografía de la guerra civil?

A menudo oímos decir que Moa no aporta nada nuevo, nada más que lo dicho ante él por autores favorables al campo nacional o al campo franquista, como el primer ministro de cultura del rey Juan Carlos, Ricardo de la Cierva, o Jesús Larrazabal y Enrique Barco Teruel, o incluso por autores antifranquistas, como Gabriel Jackson, Antonio Ramos Oliveira, Claudio Sánchez Albornoz o Gerald



Brenan. Quizás, pero ninguno de ellos ha tenido jamás el aura de Pío Moa en la opinión pública. También hay que destacar su labor investigadora [con sus primeros libros muy bien documentados de la trilogía, *Los orígenes de la Guerra Civil*, *Los personajes de la República vistos por ellos mismos* y *El derrumbe de la República y la Guerra Civil/ Los orígenes de la Guerra Civil*, *Los personajes de la República vistos por sí mismos* y *El derrumbe de la República*] de su exitoso intento de síntesis que constituye *Los mitos de la guerra española*.

Pero el elemento más novedoso de su obra, el que no dejó de estremecer a sus adversarios, es, repitamos, la divulgación de los archivos del Partido Socialista, partido totalmente bolchevique de finales de 1933, y que es Principal responsable del golpe de Estado de 1934. Muchos autores habían tenido la intuición antes que él. El antifranquista Salvador de Madariaga llegó a escribir: «Con la rebelión de 1934, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936». Y estas duras afirmaciones habían sido corroboradas por los padres fundadores de la República, Marañón, Ortega y Gasset y Pérez de Ayala, e incluso por el filósofo vasco Unamuno. También sabíamos que Largo Caballero, el principal líder socialista, apodado el Lenin español por las juventudes socialistas (que se fusionaron con las juventudes comunistas en la primavera de 1936) había declarado «No éramos en nada diferentes de los comunistas» «Lo principal, la conquista del poder no se puede lograr a través de la democracia burguesa» «Las elecciones son sólo una etapa en la conquista del poder y su resultado sólo se acepta a beneficio de inventario [...] si gana la derecha tendremos que ir a la guerra civil», o bien, lea cuidadosamente: «Cuando el Frente Popular se derrumbe, como sin duda ocurrirá, el triunfo del proletariado será indiscutible.

Entonces instauraremos la dictadura del proletariado». Pero desde la sistemática explotación y divulgación pública de los archivos de la Fundación Socialista Pablo Iglesias por parte de Moa, en 1999, no cabe duda.

Se retrata a Franco entrando en la guerra casi en contra de su voluntad, ¿no es un poco exagerado, los comunistas tienen el monopolio de la responsabilidad histórica de la guerra?

Están en la orden los tres principales responsables de la guerra de España: el líder socialista Largo Caballero y los presidentes Azaña y Alcalá-Zamora que tendrán después terribles palabras para calificar al Frente Popular. Franco fue durante mucho tiempo, al menos hasta principios de julio de 1936, el general que rechazó la idea del golpe de Estado. Parece que el asesinato de uno de los líderes de la derecha, Calvo Sotelo, fue el hecho decisivo en su decisión final de participar. El papel de los comunistas, que luego fue fundamental, fue relativamente marginal en vísperas del levantamiento. La tesis de Moa sobre los antecedentes y el curso de la guerra civil es correcta en términos generales. Los principales partidos y líderes de izquierda, supuestamente defensores de la República, violaron la legalidad republicana en 1934. Luego planearon la guerra civil en toda España. Luego terminaron de destruirla en las elecciones fraudulentas de febrero de



de 1936, aplastando la libertad nada más tomar el poder. Os remito aquí a las obras esenciales de Roberto Villa García y Manuel Álvarez (1936: *Fraude y violencia en las elecciones del Frente popular*, 2019), sobre el fraude y la violencia del Frente Popular durante las elecciones de febrero de 1936

(sin los 50 escaños cuya derecha fue despojada por un verdadero golpe parlamentario, la izquierda nunca hubiera podido gobernar solo).

La guerra civil no fue una lucha de los demócratas contra los fascistas más de lo que fue la lucha de los rojos contra los defensores del cristianismo. De hecho, había tres fuerzas desiguales en el campo republicano o más bien en el Frente Popular: la primera, con mucho la más importante, estaba compuesta por los comunistas, los trotskistas, los socialistas bolcheviques y los anarquistas, que aspiraban a establecer un régimen del tipo popular, democracia de modelo soviético y/o colectivista anarquista; la segunda reunía a los nacionalistas-separatistas (catalanos, vascos, gallegos, etc.), que querían la independencia de sus pueblos; y por último, la tercera, mucho más minoritaria, que agrupaba a los partidos de la izquierda burguesa-jacobina o socialdemócrata, que voluntaria o involuntariamente jugaron el juego de la primera fuerza. Nunca se insistirá lo suficiente en que el Frente Popular francés era muy moderado en comparación con el Frente Popular español, una coalición de izquierda dominada en vísperas del levantamiento por un partido bolchevique, extremista, violento, golpista y socialista revolucionario.

Había también en el otro campo, el campo nacional y no el campo nacionalista, como repiten los medios franceses por ignorancia o reflejo pavloviano, varias tendencias políticas que iban desde centristas-radicales (incluyendo un grupo de ex ministros ejecutados por el Frente Popular), a los republicano-demócratas, agrarios, liberales y conservadores, pasando por los liberales monárquicos, los carlistas-monárquicos/traditionalistas, los falangistas y los



nacionalistas. El conflicto enfrentó a los «totalitarios» de izquierda contra los «autoritarios» de derecha, y en ambos lados los verdaderos demócratas brillaron por su ausencia.

El movimiento Vox trata de defender los aspectos positivos de la herencia franquista y el libro de Moa vende muy bien. ¿Está España en proceso de rehabilitación de Franco, está madura para mirar su historia con objetividad?

Los aspectos positivos y negativos del franquismo son conocidos por los historiadores. Entre los errores que se pueden achacar al Caudillo y a los franquistas, se encuentran en particular: la drástica censura aplicada hasta principios de los años 60, la dureza de la represión inmediatamente después de la guerra civil (no los 100.000 ni siquiera los 200.000 ejecutados según la propaganda del Komintern, sino 14.000 ejecutados judicialmente y cerca de 5.000 ajustes de cuentas o asesinatos políticos extrajudiciales) y la inflexible voluntad del Caudillo de mantenerse en el poder hasta el final. El movimiento Vox, generalmente calificado de populista, aunque en realidad es un partido liberal-conservador europeísta, es precisamente en la actualidad el único partido que trata de defender los aspectos positivos del franquismo que son: rango en las naciones industrializadas, mientras que hoy es el 14; luego, el hecho de que Franco y los franquistas derrotaron al comunismo (minoritario al inicio de la guerra civil, pero hegemónico durante el conflicto), que también permitieron a España (primero neutral luego no beligerante) escapar de la Segunda Guerra Mundial y finalmente, que acabaron con el separatismo y salvaron la unidad del país. Es, además, la derecha moderada franquista la que tomó la iniciativa de instaurar la democracia, habiendo tenido la izquierda la inteligencia política para adaptarse y contribuir a consolidar la democracia.

No hay 36 salidas a una guerra civil, solo hay una: la amnistía total y sin reservas. Así lo sabían los actores de la transición democrática (1975-1986). Por ello, las Cortes Democráticas (en las que se encontraban la Pasionaria, Santiago Carrillo y Rafael Alberti, por citar sólo algunos) habían aprobado el 15 de octubre de 1977 una ley de amnistía para todos los delitos políticos y actos terroristas de derecha e izquierda (en particular los de ETA y la extrema izquierda). Dos principios animaban entonces a la gran mayoría de la clase política: el perdón recíproco y la consulta entre gobierno y oposición. No se tra-

taba de imponer el silencio a historiadores y periodistas, sino de dejarlos debatir libremente entre ellos, cuidando de no utilizar su trabajo con fines políticos. Desde entonces, ha pasado mucha agua bajo el puente. Leyes de memoria («ley de memoria histórica» de Zapatero en 2007 y el inminente proyecto de «ley de memoria democrática» de la coalición de Pedro Sánchez – PSOE/PSC, Podemos/CatComú, PCE/IU, en 2022), se adoptaron teóricamente



para luchar contra «la apología del franquismo, la violencia y el odio», pero en realidad siendo de esencia totalitaria son prácticamente liberticidas. Las autoridades españolas ya no parecen querer buscar la paz social sino a través de la división, la agitación, la provocación, el resentimiento y el odio. España está lejos de intentar curar definitivamente sus heridas y mirar su historia con honestidad, rigor y objetividad. Por

culpa de su casta política, singularmente mediocre, sectaria e irresponsable, reactiva el espíritu de guerra civil y se hunde lenta, pero inexorablemente, en una crisis económica, política, cultural, demográfica y moral global de alarmante magnitud.

Los historiadores saben que en la historia hay hechos, a veces ocultos, a menudo infravalorados o sobrevalorados, según los autores, y que sus análisis e interpretaciones no son menos diferentes según las convicciones y sensibilidades de cada uno. Pero los historiadores también saben que nadie puede acaparar la palabra y hacer un uso terrorista del llamado argumento «científico» sin colocarse fuera del espacio de la investigación seria y, en última instancia, de la democracia. Todo esto lo sabe y proclama Pío Moa y por eso no podemos recomendar mucho la lectura de su hermoso libro, argumentado, valiente y cáustico.

* * *